

Ligeras como una nube, profundas como la luz y la sombra

Olvida la forma en que solías ver el mundo cuando vayas de paseo con Mari Ishikawa. Ella guiará tu mirada como si fuera una cámara atravesando un túnel, lo que te llevará a descubrir un microcosmos donde la naturaleza asume una nueva dimensión.

Las ramas de un árbol contra el cielo. Luz y sombra. ¿Cuántas más capas para alcanzar su esencia? ¿Es, siquiera, posible llegar? Una fotografía de rocas, formadas por distintas tonalidades de gris. Su reflejo, un matiz en la aceitosa, casi negra superficie del agua. Solo tras un segundo vistazo podremos descubrir el verde de la hierba y las hojas de los árboles, un color diferente en este mundo gris. Fotografías de la naturaleza tomadas a la luz de la luna que muestran imágenes inesperadas de nuestro mundo familiar. Son imágenes que nunca antes hemos visto: ¿una ilusión o la realidad? Estas fotos de larga exposición permiten que el tiempo fluya en la imagen. No solo la propia naturaleza, sino también entre 15 y 30 minutos de su existencia son capturados en una única imagen. Un tiempo para la meditación y la reflexión en nuestro acelerado mundo. Y una imagen que nos ayudará a recordar.

«El paisaje es la totalidad de todo aquello que nos rodea. Dependiendo de cómo se enfoque, aparecen todo tipo de elementos», afirma Mari Ishikawa en su conferencia sobre Mundos Paralelos.

Los seres humanos tratan de dominar la naturaleza, cambiarla según sus necesidades y explotarla para su propio beneficio. El interés de la artista se centra en los diferentes ciclos de la dinámica entre la naturaleza y el mundo artificial. Allá donde los humanos destruyan la naturaleza para crear un mundo estéril hecho de piedra, las plantas desaparecerán solo durante un corto periodo de tiempo, y serán las primeras en rebrotar una vez que el mundo empiece a derrumbarse. Civilizaciones como la maya crearon ciudades desprovistas de árboles y plantas, con edificios tan altos como podían para acercarse al cielo y sus dioses. Pero poco después de que esta civilización colapsara, la selva se apoderó de ella y cubrió sus ciudades hasta el punto en que desaparecieron casi sin dejar rastro. La intervención humana es solo temporal. La naturaleza está esperando pacientemente su turno para volver y recuperar lo que le ha sido arrebatado. Aunque las plantas parecen frágiles y delicadas, son lo suficientemente fuertes como para ser las primeras en restablecer el equilibrio natural.

Ramajes
reunidos y anudadlos
una choza
desatadlos
la llanura de nuevo*

Este mensaje es de un poema tradicional japonés. En uno de sus viajes, Mari Ishikawa visitó un antiguo jardín con edificios en ruinas. Conforme los muros se iban derrumbando gradualmente y se convertían en polvo, las plantas comenzaban a crecer sobre las ruinas y a recuperar el espacio que originalmente les pertenecía. Esta revolución silenciosa la inspiró para crear una serie de obras con el tema «Paisaje», entendido como un aspecto de sus mundos paralelos que le permitiría explorar la relación entre el paisaje mismo y la arquitectura.

Delicadas y onduladas hojas y flores abrazan las rectas y rígidas estructuras de los objetos hechos a mano en su joyería «Paisaje». El instinto es más fuerte que la razón. Nubes ligeras como el aire y un hilo rojo de la vida que las entrelaza. Muros derrotados por el suave e implacable poder de la naturaleza.

De todas las cosas que ve en la naturaleza, las plantas son lo más fascinante. El ciclo de la muerte y el renacimiento está perfectamente representado a través de las plantas: de la negra oscuridad de la tierra crece una pequeña planta, el primer brote y el capullo de la flor, que suele ser rojo; luego se vuelve verde, florece y da frutos y semillas; finalmente, muere para poder renacer con la nueva estación. Las plantas son símbolos de la constante e inextinguible renovación de la vida. La semilla acarrea la memoria de su progenitora y repite su forma básica, y a pesar de ello es un ser vivo único e individual, con su propia historia, una historia que es, a su vez, transmitida a la semilla que produce.

En sus piezas, Mari Ishikawa utiliza los delicados detalles del mundo vegetal, las formas de las ramas, las hojas, las flores y el musgo. Y aun así, su principal interés no radica en el detalle, sino en la atmósfera creada por el conjunto. Es en la atmósfera donde está la belleza, no en el objeto en sí. Esta atmósfera se crea mediante zonas de luz y sombra, como la luz filtrada que entra a través de las *shōji* de las casas tradicionales japonesas revestidas con papel japonés blanco, como en la casa de su propia abuela. La sombra nos ofrece protección, mientras que en la luz intensa nos encontramos indefensamente expuestos. Todos los colores parecen diferentes a la sombra que a la luz: son más calmados, silenciosos, profundos, más sutiles. En las palabras del escritor japonés Jun'ichirō Tanizaki:

Cada vez que veo un *toko no ma* [un tipo de habitación japonesa], esa obra maestra del refinamiento, me maravilla comprobar hasta qué punto los japoneses han sabido dilucidar los misterios de la sombra y con cuánto ingenio han sabido utilizar los juegos de sombra y luz. Y todo eso sin buscar en particular ningún efecto determinado. En una palabra, sin más medios que la simple madera y las paredes desnudas, se ha dispuesto un espacio recoleto donde los rayos luminosos que consiguen penetrar hasta allí engendran, aquí y allá, recovecos vagamente oscuros. Sin embargo, al contemplar las tinieblas ocultas tras la viga superior, en torno a un jarrón de flores, bajo un anaquel, y aun sabiendo que solo son sombras insignificantes, experimentamos el sentimiento de que el aire en esos lugares encierra una espesura de silencio, que en esa oscuridad reina una serenidad eternamente inalterable**.

Las plantas son materiales, mientras que las sombras son inmateriales. Las cosas materiales son constantes en su sustancia y tienen color. El rojo es el color de la vida y el crecimiento, por lo que Mari lo utiliza no solo como el hilo de la vida a través de su jardín, sino también para sus objetos de «memoria», un rojo secreto, en el reverso de la pieza. Hace falta voltearla para ver más allá de lo visible, de la superficie, de manera material y palpable. No importa desde qué color o qué objeto se proyecte la sombra, siempre será gris. Como la sombra es inmaterial, cambia constantemente de forma, profundidad e intensidad, de un gris más oscuro a otros más claros. La interacción entre este mundo material e inmaterial crea atmósferas que cambian constantemente en mundos paralelos.

Mari Ishikawa suele tomar sus motivos de sus propios trabajos fotográficos, donde capta la atmósfera del momento en el que abre su lente para dejar entrar la luz de la luna y los colores y sombras de los árboles, el fluir del agua, las rocas y el musgo, todo ello reducido a los colores básicos japoneses de diferentes tonalidades de gris, rojo intenso, azul y verde. El efecto de la luz y la sombra en sus joyas recrea las texturas de sus estudios de plantas extrañas hechos en primer plano. Al ver su trabajo, podemos reconocer mundos paralelos de naturaleza, arquitectura, plantas, nubes, luz, sombra y color; imágenes de una increíble profundidad, atmósfera y magia. Las historias, los secretos tras ellas y los recuerdos son nuestros.

Gabriella Zaharias-Doff 26.10.2015

* Poema Tradicional Japonés, Jun'ichirō Tanizaki, *In Praise of Shadows*, Leete's Island Books, 1977. Trad. esp. Julia Escobar, *El elogio de la sombra*, Siruela, 1994.

** Jun'ichirō Tanizaki, *In Praise of Shadows*, Leete's Island Books, 1977. Trad. esp. Julia Escobar, *El elogio de la sombra*, Siruela, 1994.
